



Capítulo 386 - Sobrevivientes vampiros (Parte. I)

La ligera lluvia pintó el asfalto con un brillo aceitoso mientras carteles de neón brillaban a lo lejos, pero allí, en ese callejón escondido entre dos edificios que parecían abandonados desde la Segunda Guerra Mundial, todo era oscuridad y moho.

Katharina siguió de cerca a Kaguya, con su chaqueta de cuero pegada a su cuerpo y sus ojos alerta a cada sonido, a cada sombra. Puede que la ciudad estuviera dormida arriba, pero abajo, Londres estaba bulliciosa —un Londres que el mundo ordinario fingía no ver. Y quizás era mejor así.

Se detuvieron frente a una puerta de hierro desgastada, escondida detrás de un contenedor con grafitis. En el marco de la puerta, un cartel casi invisible pintado de rojo decía: "Capilla Carmesí"



Kaguya levantó la mano, a punto de llamar, pero antes de que pudiera hacerlo, una pequeña ventana rectangular se abrió con un crujido metálico. Dos ojos de color amarillo intenso los miraron fijamente por un momento, fijos, sin parpadear.

"Contraseña?" gruñó una voz cavernosa.

Kaguya no dudó. Dio un paso adelante, cruzó los brazos y respondió secamente:

"Abre la maldita cosa."



Hubo silencio inmediato. Los ojos parpadearon, como si acabaran de reconocer una criatura que no esperaban ver tan pronto. Y luego, la pequeña ventana se cerró de golpe.

Segundos después, toda la puerta se abrió con un fuerte crujido. El hombre que lo desbloqueó era un vampiro bajo y calvo con un traje arrugado, pero su postura había cambiado por completo. Ahora mantenía la cabeza gacha y el cuerpo encorvado.

"Señorita Kaguya... Lo siento. No sabía que vendrías en persona..."

"Sí. Yo tampoco." Ella pasó junto a él sin siquiera mirarlo, y sus pasos constantes resonaron a través del pasillo de concreto que descendía en espiral.

Katharina, todavía parada en la puerta, miró al hombre y luego siguió a Kaguya. Cuando las voces se distanciaron más, se inclinó un poco y preguntó con curiosidad:

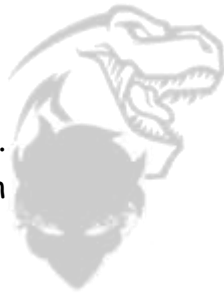
"Entonces... ¿eres importante?"

Kaguya suspiró como si odiara hablar de su propio pasado, pero se había resignado al hecho de que nadie lo olvidaría por mucho tiempo.

"Mi madre no es muy amigable."

Katharina se rió secamente.

"Oh. "Lo entiendo."





Los dos caminaron en silencio durante unos segundos. El sonido de la música comenzó a elevarse desde el suelo: un ritmo electrónico profundo mezclado con risas y susurros. El aire estaba cargado de perfume, alcohol barato y sangre fresca.

"El poder es respeto", murmuró Kaguya, casi como si estuviera recordando algo que se había visto obligada a memorizar cuando era niña.

"El poder es respeto", repitió Katharina a su lado, al unísono.

Era casi un mantra. Casi un lamento.

El bar se abrió ante ellos como otro mundo.

En el sótano, la Capilla Carmesí parecía una iglesia profanada convertida en discoteca. Las vidrieras originales todavía estaban allí —ahora teñidas de rojo— y las luces pulsaban a través de ellas como corazones latiendo. El altar se había convertido en escenario para un DJ vampiro sin camisa, que agitaba las manos como si dominara el ritmo del apocalipsis.



Allí había criaturas de todo tipo: vampiros con trajes de terciopelo, humanos encantados, híbridos con ojos de serpiente y sonrisas lascivas. Un grupo de mujeres con colmillos expuestos bailaron sobre ataúdes de vidrio iluminados y, al fondo, camareros con marcas de mordeduras en los brazos sirvieron vasos humeantes de líquido escarlata.

Katharina hizo una pausa por un momento y evaluó la escena con una mezcla de fascinación y repulsión.

"Es... definitivamente más interesante de lo que había planeado para la noche", comentó, mirando a una gárgola viva fumando un cigarro en el bar.



Kaguya no respondió. Sus ojos estaban fijos en una mesa en un rincón, donde tres figuras observaban la conmoción con más atención de lo habitual. Vampiros antiguos—reconoció ese tipo desde la distancia. Y ella lo sabía: si realmente quería "reclutar", ahí es donde empezaría.

Pero antes de eso, necesitaban anunciarse.

Kaguya sacó una pequeña daga de su cinturón y se cortó la palma superficialmente. La sangre fluía lentamente, como vino espeso. Caminó por la pista de baile, ignorando las miradas, y cuando llegó al altar, arrojó la sangre sobre un símbolo tallado en el suelo —una runa antigua, olvidada incluso por los ancianos.

La música se detuvo.

Silencio absoluto.

Todas las miradas se volvieron hacia ella.

Katharina estaba detrás de ella, en guardia.

Kaguya entonces levantó su mano ensangrentada y declaró con voz firme, casi profética:

"Los que deben pagarán. Los que huyan sangrarán. Y los que tengan coraje... lucharán a mi lado."

Los ojos de los vampiros mayores brillaron.





El silencio que se cernía sobre la Capilla Carmesí era tan denso que cada respiración parecía un ultraje. La sangre de Kaguya todavía goteaba sobre la runa, palpitando con una energía antigua y arrogante —una afrenta calculada.

Pero no todos sabían cuándo permanecer en silencio.

Un clic de la lengua resonó desde el fondo del pasillo, rompiendo el hechizo sombrío.

"Los nobles vampiros de Japón... siempre tan dramáticos", dijo una voz dibujada y burlona con acento francés. "Sangre, runas, discursos... y nada de sentido del humor. Debe ser el frío de las montañas lo que congela el cerebro."

Todos se dieron la vuelta.

Era un vampiro delgado, que vestía un frac morado y un sombrero de copa torcido. Su piel estaba pálida como la tiza y sus ojos estaban rojos como brasas recién encendidas. Estaba de pie sobre una mesa, con un vaso de sangre girando perezosamente entre sus dedos.



"Por aquí brindamos antes de declarar la guerra, señora. Es más civilizado. Mai multe fun."

Kaguya ni siquiera se dio la vuelta.

Katharina levantó una ceja.

El vampiro sonrió con confianza, levantando su taza como si propusiera un brindis por su propia audacia.



"Me pregunto si a tu madre le habría ido mejor o peor. Duquesa sedienta de sangre, ¿no? ¿O fue degradada al mito por incompetencia?"

El salón suspiró.

Y luego — clang.

El sonido era casi imperceptible, como el clic de una cuchilla que salía de su funda.

El sombrero de copa del vampiro cayó al suelo, cortado por la mitad.

Un segundo después, su cabeza giró hacia el otro lado, con los ojos todavía bien abiertos. Su cuerpo se derrumbó sin contemplaciones.

Detrás de él, de pie sobre la mesa ahora manchada de sangre, había una mujer envuelta en un abrigo oscuro y ajustado, con el pelo blanco cortado cerca de la nuca. Un parche en el ojo adornaba el lado izquierdo de su rostro y, en su mano derecha, una katana negra todavía goteaba con los restos del insulto.

La mujer bajó la espada con elegancia, como si guardara un bolígrafo después de firmar un testamento.

"No ofendas a una dama", dijo en tono seco, con un marcado acento británico y sin rastro de emoción.

El bar se volvió aún más tranquilo.

Katharina parpadeó sorprendida. "¿Tu amigo?"





"No", respondió Kaguya, finalmente dándose la vuelta. Una sonrisa discreta bailaba en la comisura de sus labios. "¿Cómo estás, Víbora?"

La mujer del parche en el ojo descendió de la mesa con la gracia de una pantera, con sus pasos en silencio. Ella se detuvo frente a Kaguya...

"Me aburría, ¿qué tal si me cuentas qué te trae por aquí... princesita de Japón... Señorita Perfeccionista en la protección de espadas." Viper dijo sonriendo mientras su rostro rebosaba de ansiedad.

